

EL CASTELLANO

SEMANARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.

Calle de la Plata, núm. 13.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Subscripción.

Un año.....	3,00 pesetas
Número suelto.....	0,05 "
Idem atrasado.....	0,10 "

PAGO ADELANTADO.

Almacén de materiales de construcción
de la
Viuda de Guillén
Torneras, 15.—Teléfono 350
Toledo.

Cementos Portland, Cales hidráulicas, Baldozín de Ariza, Azulejos, Mosaicos hidráulicos, Vidrios planos, Sifones, Sumideros, Inodoros, Losetas para azeros, patios y bodegas ó lagares.

EN HONOR DE LA VERDAD

Trazo las siguientes líneas en vindicación de personas y hechos respetados por los hombres y sancionados por el tiempo; en contestación á un ánimo tan pródigo en afirmaciones gratuitas, infundadas y calumniosas, como parco en palabras y desuado de pruebas, y en justificación de ideas religiosas, que son parte integrante y principalísima del ideal venerando de mis creencias, a cuyo amor me consagré y cuya defensa tengo prometida y jurada.

Muchas veces, con más ó menos acierto, pero siempre con firme voluntad y decidido empeño, hice lo mismo desde estas columnas, para repeler los ataques que enemigos francos ó solapados de nuestros principios y dogmas, lanzaron contra éstos, valiéndose para ello del semanario republicano de esta ciudad, dispuesto siempre á toda clase de campañas en desprestigio ó persecución de inmarcesibles verdades religiosas: no pudeudo, sin duda, levantar sus ideas políticas hasta la incommensurable altura de donde emanan los principios y fundamentos de nuestra fe, intentan rebajar estos fundamentos y principios hasta el caos sedicioso y revolucionario de sus utópicas teorías, tanto políticas como sociales.

Y no es esto delirante expresión arrancada por la ofensa que, al hacerlo así, infirieron á mi amor acrecentado por la Iglesia y por la Patria, sino afirmación categórica, que espontánea sube desde el indignado corazón a los labios de todo católico, cuando se ha seguido por algún tiempo, con atención, la doctrina de dicho semanario en su letra y en su espíritu.

Desde *La Idea* se ha intentado poner por los auelos la dignidad del Sacerdote católico; se han combatido las subvenciones del Ayuntamiento para cualquier acto del culto exterior; se ha defendido el concubinato público del matrimonio civil, atacando, a la vez, el matrimonio canónico; se han lanzado dicitrios contra la Iglesia, sin respeto á sus hombres ni á sus augustas y soberanas leyes; se ha pretendido ridiculizar el misterio altísimo de la Santísima Trinidad; se ha escrito contra la inmortalidad del alma, y ahora, con su *Historia de malos Papas*, sigue la serie de sus campañas demoralizadoras unas, ofensivas otras y todas igualmente gratuitas y calumniosas.

No busco polémicas por solo el gusto de hacerlo, lo que no puedo es permanecer silencio ante tan artero ataque, y levanto contra él mi voz, como débil manifestación de los vehementes deseos que siente mi alma por encumbrar la verdad hasta el punto desde donde el fin ha de brillar, avasalladora y deslumbrante, pues si por acaso las argucias y sofismas de «Luz-Bel», autor de la actual campaña difamatoria, ó de sus compañeros de Redacción, consiguieran hacer declinar mis argumentos; si sus sutilezas y habilidades quitaran fuerzas á las verdades que defiendo, á causa de mi poquedad, allí donde esto sucediere, haciendo

entregaría esta empresa á uno de mis compañeros, y el mas humilde de ellos, sería suficiente para tomarla sobre sus hombros y hacerla subir hasta el Principio mismo de la eterna sabiduría, para mostrar después las religiosas verdades empuadas de Aquel eterno principio, como otras tantas antorchas de luz infinita, porque destinadas están á marcar el derrotero seguro á los hombres de todos los pueblos y de todos los siglos.

He llamado difamatoria la campaña de «Luz-Bel» contra los Papas, y no me arrepiento del calificativo, y aun suave me parece para la perversa intención del mismo Luzbel. Porque hablar mal de los Papas es hablar mal de aquella Roma que, precisamente en el tiempo de esos Pontífices calumniados por «Luz-Bel», dirigió el gran movimiento del progreso, no con la aparente y forzada unidad de Roma la pagana, sino con el influjo de la persuasión que penetra en las almas y somete las voluntades, y con su admirable y santa sabiduría afirmaba aquel poder que protegió la libertad de Europa contra los Barbaros, la libertad del saber humano contra las adulaciones cortesanas y la arrogancia guerrera, la santidad del matrimonio contra los adulterios regios y las constituciones de los reinos contra los usurpadores y tiranos: ante tanta grandeza, «Luz-Bel» se moía, yo me descubro reverente.

Y no pretendo yo santificar á los Papas hasta mas allá de donde la firmeza humana tiene su limite, y, mucho menos, negar que los continuos trastornos, revueltas y alternativas de aquella época llegaron á contaminar en algo la severa majestad del solio pontificio, introduciendo en él algún desorden, aunque éste proviniera «del poder temerario y ambiciosas sediciones de los Principes», según asegura Florez, pues ésto, con ser cierto, sólo serviría para mostrar más esplendorosa su constante luz ante estas pasajeras opacidades, y para hacer mas patente el invisible poder que le sostiene, porque «aun puesto el timón de la Iglesia en tales manos, y combatida la Nave de tan furiosas ondas, entre semejantes sirtes y bajíos, yo sólo no fué á fondo, sino se vió el incontestable con que navega, sin perder jamás el Norte de la fe. Es un alto sacramento el de la Iglesia que no falta con las personales faltas del Ministro. Es un sol que no afea sus rayos aun con fealdades de la tierra á que alumbrá, y así mira impávida—añadiría yo al reputado Florez—mientras cumple su sobrenatural destino, los ataques y persecuciones con que tratan de afigiría «Luz-Bel con todos sus satélites, corre ligionarios y amigos.

Nunca he podido explicarme la razón del odio verdaderamente sectario que á la Iglesia profesan estos hombres, cuando ellos mismos, desde lo íntimo de su conciencia, no pueden menos de admirar las obras de transformación social operadas por la Iglesia en favor del bien y en provecho de la humanidad, y concederlos como son de mil y mil hechos gloriosos en que el catolicismo ha conseguido la salvación de la humanidad sacándonos primero de las ideas groseras del paganismo, haciéndonos después cambiar por medio del progreso, cuando Europa entera estaba en peligro de ser arrollada por el oscurantismo de los Bárbaros, oponiendo su barrera infranqueable á los destructores progresos del Protestantismo y sosteniéndonos, en fin, constantemente, unidos á ideas salvadoras para el tiempo y para la eternidad; pero menos aún me explico que, hombres de algún juicio, que se tengan y estimen tenerse por honrados, levanten contra esa misma Iglesia guerras de impiedad, fundadas en calumnias, sin más base que el mal deseo del que las emprende, sin más fundamento que la idea perniciosa de la maldad, sin más aliciente que el odio y sin otro fin que arruinar en vez de construir, arrasar en lugar de edificar.

Porque toda la *Historia de malos Papas* publicada por «Luz-Bel» y por *La Idea*, es una sarta de ominosos insultos, una serie de gratuitas afirmaciones que, aun siendo ciertas, nada probarían contra la fe incommobile de los

sociedad admirable y divina fundada por Jesucristo, asistida por el Espíritu Santo, ante la cual han caído desbaratados y deshechos todos los caudillos del mal, todos los corifeos del error, todos los perseguidores del bien, que al cabo han tenido que inclinar su cabeza ante su marcha augusta y progresiva, teniendo á la par que declararse vencidos por esos mismos Papas, que aun siendo hombres á veces llenos de pasiones, como tales, en su carácter de Pontífices, ni una vez, entendiéndolo bien «Luz-Bel» y los suyos, ni una vez tan sólo en diecinueve siglos y más, han faltado á la fe jurada, teniendo que sostenerla en medio de persecuciones, y antes de negarla, sellandola muchas veces con su sangre.

No desciendo á detalles por no hacerme demasiado extenso, aunque lo haré con gusto si esta discusión tomara el carácter de buena fe, que siempre debe reinar en todas las que se agitan entre caballeros.

«Luz-Bel» afirma, es infundado y dañoso; ¡mi de qué este nombre, aun fingido, pudiera servir jamás para afirmar verdad! Mas si lo fuera cuanto dice, bastarían á desautorizarle estas palabras de Balmes el insigne:

«El pararse en los defectos ó vicios de algunos hombres; el alegar demasías, yerros ó vicios, patrimonio inseparable de la humanidad; el andar á caza de ellos al través de larga serie de tenebrosos siglos, amontonarlos, reunirlos en un punto de vista para que hieran con mas fuerza y sorprendan á la incredulidad é ignorancia; el insistir sobre los mismos, exagerándolos, desfigurándolos y cubriéndolos de negros colores, es tener muy menguada la vista, es conocer muy escasamente la filosofía de la Historia; y sobre todo, es acreditarse de espíritu parcial, de miras poco elevadas, de sentimientos mezquinos y rencorosos.»

Quitese «Luz-Bel» la careta, muéstrase caballero, probando con datos lo que dice y sosteniéndolo con su firma. Si así no lo hace, juzgaré inútil volver á contestarle, y en vez de tenerle por una persona decente, le tomaré por un «espíritu parcial, de miras poco elevadas, de sentimientos mezquinos y rencorosos».

Salvador San.

En la Real Academia de la Historia.

El erudito y competentísimo Sr. Conde de Cedillo pronunció un brillante discurso para conmemorar, ante tan docta Corporación, el cuarto centenario de Isabel I de Castilla, en sesión pública y solemne.

Desde estas mismas columnas, humildes siempre y más para escritor tan esclarecido y célebre, dió el mismo Conde la voz á España, llamandola á la celebración de la inmarcesible memoria de Isabel la Católica, y justo es que nosotros manifestemos nuestra gratitud ocupándonos de su acabado trabajo, aunque cuanto pudiéramos decir resultaría pálido ante la erudita, galana, luminosa y admirable oración del Conde, que bien sentimos no poder reproducir íntegra, como único y merecido elogio.

«Los arranques más espantosos del corazón al cabo han de desbordarse en palabras y en obras», y así, dando expansión á los suyos, celebra el Conde la memoria de Isabel la Católica.

«Luminar esplendoroso, no ya sólo en el firmamento de nuestra patria Historia, sino en el de la Historia humana, no es mucho que deslumbrase con el brillo de sus preclaros hechos á sus contemporáneos todos, sin distinción de nacionalidad, raza, creencia religiosa ó afición política. Pero cuando el luminar sintió extinguirse las luces de su existencia terrena; cuando, sueltos los lazos de la vida, aquel espíritu inmortal se remontó á la serena región de la luz perpetua, la fama pareció acompañarle también en su vuelo, ganosa de mostrar á la posteridad, desde la ideal altura, un acabado prototipo en que pudiesen tomar ejemplo y saciar su admiración los reyes y los pueblos.

nios de la fama y comenzó á rendir á la memoria de Isabel el culto de una admiración razonada é impercedera. Cronistas, historiadores, humanistas, viajeros y diplomáticos, españoles y extranjeros, laicos y eclesiásticos, nobles y plebeyos, cuantos, en fin (con muy leves excepciones), en la Reina y en sus hechos, ora despacio, ora de paso, hubieron de ocuparse, encomiarla en sus términos tales y con tan rara unanimidad, que la impetuosa falange de sus juicios y pareceres bastaría al crítico para adquirir cabal conocimiento histórico de la soberana, á faltarle el propio é intuitivo que recomienda como preferible el insigne filósofo vicense.»

Prueba el Conde este su aserto citando la pléyada de insigne sabios é historiadores que de consuno celebraron la su par grandeza de aquella celebrísima Reina.

«...en cuya alma generosa puso Dios cuanto bien lo humano encierra.»

Y después de citar el gran número de brillantes antorchas, encargadas de derramar su luz sobre los hechos de aquella celebrísima mujer, «bien puede afirmarse con Clemencin, y hoy con mas verdad que ayer, que mientras el tiempo consumidor oscurece ó borra poco á poco la memoria de otros personajes ruidosos un día, se aumenta y extiende la veneración de la posteridad á nuestra príncesa; y que la gloria de su nombre va creciendo cual río caudal á proporción que es aparta de su origen.»

Mira después el orador el campo extensísimo y variado propuesto á su estudio y su ojo de profundo historiador hace destacar «la magna figura de Isabel I como promotora é impulsora de la unidad nacional.»

«Es cosa cierta que, desde el aspecto meramente español, lo que más caracteriza el reinado de los Reyes Católicos, lo que constituye el punto de mira y como la meta de su gobierno, es el generoso designio de levantar, con una serie de patrias chicas, una espléndida patria grande; es el alto pensamiento de la unidad política española; y así, aquella soberana, no sabemos si por propia idea, largo tiempo concebida y abrigada, ó en cumplimiento de providenciales designios, entre los muchos aspirantes á su mano, la dió «al Príncipe aragonés, hombre de pensar hondo y luego, antes que en Aragón Rey en Castilla, eficaz cooperador de su esposa y que contribuyó al par de ella en la sagrada y formidable obra de la unificación nacional.»

No es mucho, pues, ver «la mujer más grande y más respetable de la Historia» llevada de esta idea, acometer la gran empresa de terminar la gloriosa epopeya de la Reconquista.

«Isabel fijó su pensamiento en Granada. Para sus sentimientos de cristiana, de española y de Reina de Castilla, era grave provecho la permanencia en España de un Estado mahometano. Siete muy largos siglos de dominio parecían sobrada expiación de las culpas de los godos. Conclusa tiempo había por Aragón y Portugal la integridad católica de su territorio, Castilla aún veía entre él como organismo constituido la Andalucía musulma, que, siendo natural prolongación de la cristiana, no parecía sino barrera infranqueable á la expansión de nuestra fe y de nuestra raza.

La obra de San Fernando creyárase indefinidamente interrumpida merced á la flojedad de los más de sus sucesores; y aunque el sentimiento popular anhelase dar ya remate feliz á la labor iniciada en Covadonga, faltaba el caudillo capaz de arrostrar los riesgos de la empresa por el honor de la victoria.

España y la cristandad hallaron el caudillo que habían menester en Isabel y Fernando: un alma en dos cuerpos, dóciles al doble sojato de la religión y del patriotismo.

Cuántas dificultades, al parecer insuperables, hubo que vencer en aquella guerra; cuánta fe y perseverancia hubo; cuánta habilidad política; qué suma de esfuerzos y trabajos; qué derroche de valor y gallardía; cuantos lances y peligros; qué de triunfos y de reveses; cuánta sangre derramada; cuántos novelescos incidentes é increíbles azarés; cuánta gloria ganada por los reyes y por su pueblo, manifestado en